

Instituciones democráticas

Las Bibliotecas de las Facultades

Sentimos en nuestra alma las palpitaciones de la intensa vida democrática que se difunde por el cosmos. Jamás en la historia de la humanidad se ha sentido latir tantos corazones, conmoverse tantas conciencias, luchar tantas ideas como luchan, se conmueven y se sienten latir en los actuales momentos por los ideales que encarna el pensamiento democrático.

Las instituciones políticas abandonan los viejos moldes y se ponen en armonía con las corrientes modernas de la vida democrática. Para eso es necesario abatir imperios, rectificar fronteras, realizar plebiscitos, combatir prejuicios, llamar con violencia a las puertas de las conciencias dormidas de los que mandan, hacer comprender a los que obedecen los sagrados derechos que les asisten de tomar parte activa en rudas batallas por la realización de un ideal, y sin hesitación, como quien cumple una misión de inspiración divina, se realiza por cada individuo aquello que la humanidad espera de su esfuerzo.

La vida civil y sus instituciones también sienten el suave batir de alas de un espíritu nuevo que pasa por el mundo reavivando los dormidos fuegos del hogar que atraerá a los hombres cuando, deponiendo sus odios, se sientan depender unos de otros. Aquella, solidaria en los horrores del dolor y de la intensa angustia, se reconcentra para meditar en las graves responsabilidades efectivas que tiene con los seres hermanos

y esa meditación es fecunda. Al calor de la sana pasión que engendra, brotan o se renuevan las instituciones sembradas por la graciosa ofrenda del cariño y compiten todas entre sí en dar los mejores frutos, más sazonados y generosos. No basta que las instituciones existan. Es necesario que vivan, que aspiren a cumplir su misión con alta eficiencia, en una palabra, que cada una «cumpla con su deber» porque los ojos de la humanidad la contemplan.

Las instituciones más estrechas se ensanchan. Constituidas a base de dogmatismo se habían conservado por siglos encerradas en las chinescas murallas de una intransigencia perjudicial para los que las siguen; pero no han podido resistir a la voz cariñosa a la vez que imperativa del progreso. ¡El viajero que no pudo ser despojado de su capa por la fuerza, la abandona gustoso al sentir los rayos tibios del benéfico sol que da vida al universo!

En la vida intelectual no es menos visible este vivo deseo de ir más allá. El estudioso de hoy ya no se propone llegar a conclusiones enunciadas de antemano. El se acerca a la vida para interrogarla con paciente constancia, sin desmayar nunca, seguro de que su obra ha de ser proficua en la medida que interprete los hechos habiendo alejado todo lo que pueda ser causa de error. Su labor no se limita a buscar la comprobación inmediata de la verdad de sus teorías. Trabaja más bien teniendo en vista un interés mediato. Trabaja para aumentar las riquezas de la familia humana y no le mueve la errada intención de acrecentar un feudo personal. Tal vez obedezca sin saberlo a una ley suprema de conservación que espolea la actividad del hombre y la impulsa en pos de ignorados objetivos. No lo sabemos, y sólo nos limitamos a comprobar el hecho cierto que sobre lo real e inmediato flota una indefinida llamada a lo ideal más o menos lejano.

Nuestra incipiente democracia no es una excepción. En un siglo de vida independiente ha ido dejando atrás como jalones de su paso, las instituciones que heredara de la España monárquica, los prejuicios religiosos que dividen a los hombres y las preocupaciones de casta que rompen la armonía del conjunto de la familia nacional. No digo que ya haya conseguido despojarse del pasado como quien deja los vesti-

dos de niño para cubrirse con la toga viril, pero no hay duda que ha dado un gran paso hacia la realización de su destino. Es bueno, sin embargo, que no contemplemos el camino recorrido sólo para deificar a los que fueron y merced a los cuales hoy gozamos algunos bienes. El que va en pos de un ideal no debiera mirar atrás. Los mirajes de las dificultades vencidas tienen claridades fascinadoras. El incauto que cegado por ellos, se extasía en su contemplación, trueca inconscientemente el divino «Excelsior» de su divisa llena de dinámica inspiración por otro lema de carácter estático. Pero los ideales no nacen hechos. Los ideales se forjan y la vida de las generaciones los va revelando paulatinamente. En su composición entran elementos que pertenecen a la inspiración propia e influencias que vienen de afuera y determinan aquellas tendencias que en nosotros no han encontrado orientación definida.

Por eso los que sienten en su espíritu el llamamiento de su generación y aspiran a ofrecer a ella la justa recompensa por los bienes múltiples de que le son deudores, deben vivir alerta. Por todas partes hallarán oportunidades de ser útiles, de prodigar su constancia, su entusiasmo y su desprendimiento más generoso; pero hay una cosa que llama con voz de imperativo mandato, o con acento de ineludible ruego. Esa voz y ese acento son el llamamiento del deber, que han aceptado implícitamente cuando aceptaron un puesto en las instituciones de un país democrático, de no contentarse con perpetuar lo que la tradición les entregara, informe y sin méritos. Los que han aceptado un puesto en las filas de las multitudes que se afanan por realizar cada día con más perfección la aspiración común de la sociedad deben afanarse con noble entusiasmo porque su obra no sea solamente más respetable por la cantidad, sino por la calidad. ¡Loable empeño el del hombre que sirve a su generación con sinceridad, con nobleza, rindiéndole el diario tributo de una consagración fiel y decidida! De tales hombres debemos esperar mucho porque a su entusiasmo ceden los prejuicios que matan las iniciativas mejor inspiradas.

Los hombres eficientes en su labor son los que encarnan un pensamiento grande por su significado ideológico, robusto

como concepción espiritual o lleno de esa potencia virtual que se trasmuta al contacto con la vida en valores reales y efectivos para el bienestar social.

Estos hombres dotados de tales cualidades son una síntesis de un determinado momento de la evolución social y como tales un índice de la grandeza o pequeñez colectivas. Debemos suponer, si creemos en el progreso, que la generación actual es de gigantes comparada con las generaciones que fueron. No obstante, como el que aspira a lo mejor no debe contentarse con el término de comparación que halle en sí mismo, sino que debe aspirar a identificarse con la especie estudiándola en sus manifestaciones más elevadas, justo es que contemplemos las cumbres de otros hemisferios para no exaltarnos ante la vista de nuestras colinas...!

Esto es cierto de los hombres porque es la ley ineludible de su progreso. No lo es menos de las instituciones a pesar de las trabas que su organización imponga a ulteriores transformaciones.

Ahora bien: justificada la necesidad de una institución cualquiera dentro del régimen democrático del país, no puede vivir al margen de su deber cumpliendo a medias la tarea que se le hubiera encomendado. Es imprescindible que afronte sin vacilaciones el problema de prestar a la causa de la democracia los servicios que ésta espera. La falta de ambiente por defectos de educación del pueblo u otras causas más o menos legítimas que se invocan para justificar la ineficacia de algunas instituciones que consideradas en sí son muy recomendables, no pueden ser aceptadas. A ese paso nunca subsanaremos las deficiencias actuales, porque la educación civil de una democracia no es producto de ciertas autoridades solamente y mucho menos la obra de la generación espontánea...!

Cada individuo que acepta una responsabilidad no puede dudar cuál es la línea de conducta que le señala el deber: servir a su generación con fidelidad e inteligente dedicación. Encuadrados sus esfuerzos dentro de este marco, el hombre estará satisfecho de su obra sólo cuando ésta responda plenamente a los anhelos comunes.

Veamos algunas de las instituciones que tienen en sus manos una fuerza poderosísima en las sociedades modernas y

examinemos cómo se valen de tal instrumento para llenar su cometido.

Sirvannos de ejemplo ilustrativo las Bibliotecas de las Facultades.

He aquí la estadística oficial del movimiento habido en el año 1917:

Facultades	Alumnos	Volúmenes	V. Consultados	Lectores	Capacidad (Asientos)
C. Médicas	4.100	142.391	128.720	74.821	140
Ingeniería	1.084	21.070	—	15.748	35
Derecho	1.383	45.789	62.228	39.127	60
F. y Letras	400	32.285	7.981	6.052	40

Modestas Facultades por el número de sus alumnos, inferior en la mayoría de los casos al de algunos colegios nacionales. Modestas si se tiene en cuenta el papel que desempeñan en la alta cultura intelectual del país; porque no atraen a sus fríos y demasiado severos claustros sino a aquellos que aspiran al necesario título profesional.

Dentro de la modestia de las Facultades, las bibliotecas con su limitadísimo caudal de obras modernas y realmente útiles para los alumnos, están desarrollando su acción lenta y al parecer sin horizontes dentro de las actividades de un siglo que se agita con la conciencia de un despertar sin precedentes.

Porque la ciencia contenida en los libros, que se escriben para las inteligencias y no para los estantes de las bibliotecas, no es solamente como «el pan para el cuerpo» según la vulgar metáfora, sino como el aire sano y fresco que renueva en nuestros tejidos la vida que se extingue, o como la luz de otros astros que brillan para iluminar los senderos del mundo y cubrirlos de gloria y de hermosura magnífica con los haces de sus serenos rayos.

Así trazaríamos la génesis de las ideas sobre los libros:

- (1) Los libros fueron consultados por unos pocos favorecidos;
- (2) por aquellos que pagaron una cuota para adquirir derecho a usar de ellos;
- (3) libremente por todos, pero los libros no debían salir de las bibliotecas. Llegó luego la era del pres-

tamo de libros: (1) A los pocos favorecidos; (2) a los que pagaban una cuota; (3) la sana y amplia concepción moderna según la cual los libros deben ser libres como el agua o el aire para todos.

¿Dónde están las bibliotecas de las Facultades en el camino de la evolución que deben seguir hacia la amplia concepción moderna? Algunas están en la primera etapa porque no han llegado a organizarse tan bien que puedan ser utilizadas fácilmente por quienes no disponen de mucho tiempo para conocerlas; otras están en la segunda etapa y teniendo conciencia de la verdadera conquista realizada, sin ideal a qué aspirar, quieren permanecer allí y se resisten a toda tentativa en favor de una mayor amplitud de miras; y por último, hay algunas, y son precisamente las más concurridas, que ya han llegado a la tercera etapa, aunque a éstas también pudiera hacérseles el reproche de haber cerrado el ciclo de su acción fecunda con un «non plus ultra» desolador.

En efecto, detenerse en la última etapa de la concepción antigua, significa que la institución no se ha posesionado bien del papel que la sociedad le ha encomendado. Si los hombres procedieran así en lo que atañe a su vida privada muy pronto se darían cuenta de la pérdida grande que eso representa para su porvenir y su mayor prosperidad. Y en una ciudad inmensa como la nuestra; con una población estudiantil que vive diseminada por todos los ámbitos de su área extensísima, es propiamente el lugar en donde se siente una necesidad *creciente* de que las bibliotecas no se limiten a esperar que todos las utilicen concurriendo a su recinto, sino que deben aspirar a prestar su utilidad de la manera que sea conveniente para los lectores y no mirando simplemente sus propias conveniencias.

Hay otros factores no menos importantes que debieran tenerse en cuenta. Los recintos de las bibliotecas son pequeños aun para el reducido número de lectores que a ellas concurren. No disponen más que de un salón, o cuando más, de dos, amueblados impropriamente algunos y sin ninguna comodidad para el que debe permanecer en ellas durante los días del temido invierno. A estos salones de lectura entran y salen constantemente grupos numerosos de personas, ocasionando

las molestias consiguientes a los lectores. No debe olvidarse a este respecto que los lectores de estas bibliotecas son por lo general jóvenes cuyos hábitos de lectura no están formados aún y cuyo poder de atención voluntaria, la más difícil de mantener, no ha adquirido ese grado de fijeza que les permita abstraerse completamente prescindiendo de las incomodidades del medio desfavorable que les rodea.

Añádase a todo esto el carácter especial que tiene la lectura de obras de ciencia y se podrá apreciar mejor los inconvenientes que presenta la lectura en las salas de estas bibliotecas.

Podrá objetarse a todo lo que hemos dicho que exigimos demasiado. Pero, para nosotros, la biblioteca debe tener en sí algo de los caracteres del santuario. Es preciso que reine soberano en el recinto que la cobija una especie de espíritu de meditación. Acalladas las voces del exterior, el que lee debe identificarse con la obra que tiene delante. La imagen interna de su intelección del sujeto debe levantarse en su espíritu y culminar en una serie no interrumpida de vivas imágenes. El silencio y la quietud apacible del lugar deben formar la atmósfera propicia para que su pensamiento se desarrolle sereno y preciso. Sólo un diálogo sin palabras tiene lugar en la biblioteca: El del lector con el autor. A las preguntas de aquél responden con inalterable calma las palabras siempre serenas de éste. Y en este libre juego de las ideas que la inteligencia suscita y la quietud del ambiente propicia crece el alma que busca la relación con las mentes superiormente dotadas de la especie.

También nos interesa lo que pudiéramos llamar el valor social de la biblioteca. En efecto: no es una biblioteca un conglomerado de libros más o menos útiles. Ella representa el resultado del esfuerzo colectivo de algunas generaciones que han colaborado para reunir bajo el mismo techo y poner al alcance del investigador futuro lo más precioso de la experiencia humana. No es tampoco un montón de libros sino el conjunto infinitamente armónico del árbol de la ciencia que se ofrece al viajero presuroso para que descansa a su sombra, restaure sus enervadas fuerzas, recoja los sazonados frutos que

el tiempo ha ido madurando y retemple su espíritu con las brisas de las ideas eternas.

La biblioteca es también, indiscutiblemente, uno de los medios muy eficaces que el Estado ha puesto en las manos de algunos hombres que deben ser altamente patriotas para aceptar la tarea de promover la cultura general y especial de la juventud.

Debe ser el instrumento eficaz por excelencia de que la sociedad se vale para influir sobre el elemento intelectual representado especialmente por la juventud universitaria.

Como todas las instituciones públicas de una democracia sólo debe aspirar a ser útil al mayor número de individuos. En esto descansa el secreto de su eficacia y el pedestal de su futura grandeza y consideración. O alcanza este triunfo decisivo, perfeccionándose, o se resigna a un desprestigio que la condenará a ocupar una posición secundaria: He ahí el dilema.

Todavía pudiera objetarse que la biblioteca, así concebida, tiene un papel demasiado vasto, impropio de la biblioteca de una Facultad.

Sin embargo, los hechos nos dicen que no hay diferencia esencial entre la biblioteca de una Facultad y la que el Estado mantiene en cualquier otra parte. Si nos fuera permitido volver al símil anteriormente empleado diríamos que el árbol de la ciencia ha extendido más una de sus ramas por el cuidado especial que se ha tenido de ella: La de la especialidad que la Facultad cultiva.

Se me ha objetado que sería muy costoso y sobre todo muy complicado el manejo de una biblioteca que funcionara dentro del concepto moderno de una institución de esa naturaleza. No niego que sea necesario cambiar algunas costumbres rutinarias. También concedo que la nueva organización pueda ocasionar gastos considerables. Pero si vale la pena tener biblioteca conviene que sea mantenida de modo que preste servicios de alto valor. En cuanto a los recursos materiales para la ejecución del pensamiento no pueden faltar cuando la obra vale. Jamás una empresa necesaria y oportuna ha sido detenida por la falta de recursos si los planes de la empresa se hicieron con prolija circunspección.

En vano he buscado esta dificultad suprema que entre nosotros se aduce como argumento irrefutable para mantener bloqueados los libros entre las paredes de una biblioteca e impedir que los alumnos utilicen en mayor escala esos caudales. La estadística de doce ciudades universitarias de Alemania, da cuenta de la existencia de 6.081.000 libros y más de 98.000 manuscritos. Estos libros constituyen una colosal biblioteca circulante por todo el Imperio y siempre a disposición de los estudiosos.

Del volumen 31, número 1.698, del «Comissioner of Education Report» 1914-1915, House Documents, de Washington, extracto los siguientes datos del movimiento de las bibliotecas de trece ciudades, universitarias algunas.

El año 1913 prestaron la enorme suma de 28.084.017 libros.

El informe de 477 bibliotecas que poseían 4.704.472 libros muestra que fueron prestados cuatro veces el año anterior y aumentó sin embargo la existencia en más de medio millón de libros.

También encuentro en la obra citada un dato muy sugestivo que muestra la eficacia de estas instituciones para interesar al pueblo y ganar su buena voluntad y por lo tanto su apoyo moral y material.

En la ciudad de Broklyn que tiene 1.600.000 habitantes, (como Buenos Aires), las bibliotecas de la ciudad tenían 301.100 personas inscriptas en sus listas de protectores o lectores y estas personas habían retirado durante el año 4.583.897 libros que habían sido luego devueltos a las mismas.

Chicago con 157.883 inscriptos había tenido un movimiento de 522.000 libros.

Cleveland con 152.762 personas inscriptas en sus bibliotecas entregó 2.668.430 libros para ser leídos en el hogar.

La biblioteca de la donación Carneggie, de Pittsburg, poseyendo sólo 400.000 libros había prestado 1.500.000 libros; es decir, que sus estantes se habían vaciado cuatro veces durante el año para derramarse por los hogares.

Las 55.000 personas inscriptas en las bibliotecas de la ciudad de Seatle retiraron para su lectura en el hogar 1.043.902 libros.

Ahora bien: ¿Cuál es nuestra situación frente a estos hechos que comprueban la eficiencia de aquellas instituciones públicas que no se satisfacen con tener los libros para cederlos al que los demande en la sala de lectura? Las bibliotecas de las Facultades tienen que decidirse a dar el paso que las coloque dentro de la corriente del sentir más general respecto del libro.

Pero hay algunas razones de otro orden que hemos de exponer antes de dar fin a estas consideraciones sobre las Bibliotecas de las Facultades.

El que actualmente utiliza las bibliotecas a pesar del régimen que las gobiernan, tiene interés en la lectura y merece alguna consideración que lo estimule a buscar el mayor progreso de una institución que es verdaderamente útil.

Aquellos países donde la vida del hogar es un hábito y la lectura y la conversación que distraen las largas y tediosas horas del invierno también lo son, se han preocupado de mejorar y ampliar los servicios prestados por el libro.

Nosotros, que carecemos de esta saludable costumbre, fuente de agradables y duraderas impresiones, estamos contentándonos y halagando nuestro injustificado orgullo con resultados muy mediocres porque usamos procedimientos impropios del fin que debemos proponernos.

Pero hay otra consideración más grave que no dejaremos de afrontar, aunque al hacerlo se subleve la conciencia por una inculpación tan arteramente disimulada.

Los estudiantes de hoy serán los profesionales de mañana. En sus manos depositará la patria sus tesoros morales, materiales y espirituales. Unos serán maestros y educarán a las generaciones de niños argentinos que ansiosos de saber llamen a su inteligencia y a su corazón. Otros serán los profesionales que interpretarán y aplicarán las leyes o los que velarán por los supremos intereses de la salud física y moral del pueblo. Serán quizás algunos los cultores eximios de las ciencias y llevarán la representación de la alta cultura nacional a otros centros intelectuales. Serán miembros descollantes de los centros políticos, de los centros universitarios, conspicuos elementos de la banca o del comercio.

Finalmente podrán ser personas a quienes la patria ha

entregado un cargo de confianza y del que se les cree dignos y cuyo cumplimiento fiel les ha de ser demandado.

Frente a este problema que el futuro cercano planteará a las actuales generaciones, ¿qué están haciendo las bibliotecas? Dentro de la limitada esfera de su actividad se han dormido. En efecto: ¿No es la virtud de los ciudadanos la base de la democracia ideal? Pero la virtud no es un don del cielo hecho a los hombres. Es más bien una actitud hija de la educación y del ambiente. Esta actitud que es a la vez una potencia para el bien es uno de los fines que no deben descuidar las instituciones que deseen vincularse con los anhelos comunes de una vida más elevada.

¿Estará persiguiendo este ideal una institución como la biblioteca que no presta un libro a quienes el país ha de confiar en hora no lejana la realización de sus futuros destinos?

DEMETRIO ACOSTA.

Agosto 16 de 1918.
